

Con la cabeza envilecida y la mirada enturbiada

The sun in september



Capítulo 1

La putrefacción, lo perdido. Lo añorado que ya no vuelve. Empieza octubre y saludo a la despedida, al cajón de sastre en el que se olvidan los recuerdos que ya no sirven a ningún propósito. Se saca el tapón del fondo del lago y se observa el remolino de lápices, notas, polvo que se aboca a las profundidades bajo un extraño orden. *Las hojas de los árboles caen y las prendas de ropa aumentan; te veo distante y te digo adiós, te digo que te echaré de menos cuando no podamos agarrarnos más el uno al otro.*

Y abro otro cajón. Y ahí no queda nada, solo una vieja libreta donde apunté sucesiones de acordes para una canción que no compuse nunca; los títulos de algunos libros que tenía intención de leer en un futuro, y de los que solo leí una parte; un par de números de teléfono y tu nombre escrito en una buena cantidad de páginas, los delirios del amor, tachando y remarcando, subrayando tu presencia en un sustantivo que te acompaña siempre, que se va contigo a donde vayas, y que te sigue ahora en el camino de la basura.

El tercer cajón no tiene nada. Sé que es momento de empezar a llenarlo con cosas que en algún momento tiraré, que sacaré de mi vida para dejar espacio a una nueva etapa en la que embarcarme con renovadas esperanzas y aspiraciones más pausadas. Pero las prisas, las que ahora mismo, frente al escritorio en el que me siento cada día a idear planes, a pintar bocetos y a romper el tiempo para no volverlo a ver, me susurran paciencia.

Me piden su contrario: «Oye, nos lo hemos pasado muy bien en muchas ocasiones, pero deberías echar un vistazo a la estantería y barrernos de ahí. Estamos demasiado a la vista, haz el favor de guardarnos en un lugar más apartado, que sea más íntimo al menos». Apuro a coger un papel y apunto sus palabras; nunca me esperan lo suficiente como para que lleguemos a un acuerdo. Cojo los dos pequeños muñecos que tengo en una estantería llena de libros y los meto en el primer cajón. En el del remolino. Se van a quedar ahí, cuando se inquieten ya saben a dónde ir. Pero, por ahora, les voy a hacer caso.

Dejo el escritorio atrás y salgo afuera, hace un día de esos que parecen una semana al completo, cada media hora cambia el tiempo de manera drástica y, para aquellos que sufren de cierta sensibilidad, los cambios anímicos resultantes son agotadores. *Tengo un poco de suerte y respiro la brisa del otoño con el sol en la cara, me siento en el suelo y estiro los brazos con las palmas hacia el cielo. Cierro los ojos. ¿Qué hay ante mí? Oscuridad.* La clara oscuridad de la media mañana a través de mis

párpados; las venas de estos crean una película de tonos rojizos como los de un abanico chino, que se mece con la luz del sol al mover la cabeza de un lado al otro ligeramente. ¿Qué me queda? ¿Hay algo que pueda echar a los cajones vacíos? Puede que sí, pero la ansiedad aún replica su campana en mi interior y no me deja escuchar la cromática sinfonía microtonal que recogen mis oídos: el canto de los pájaros; el grito ensordecedor de las gallinas ponedoras; el rumor del sueño de un gato y el entrecortado ronquido de sus fosas nasales tupidas por un catarro estacional; la tormenta que dio paso a esta claridad a un par de kilómetros de distancia batiendo contra la tierra como un conjunto de tambores en una procesión; la electricidad chirriando, piando con los pájaros y la humedad que recubre el conducto por el que se desplaza con libertad y fricción; el ladrido de los perros; la sonrisa de mi cara y el frío en la punta de los dedos, cada uno en una frecuencia que no consigo interpretar.

¿En qué momento me quedé en silencio? Hubo un día en el que las palabras enmudecieron en mi boca y las sonrisas se tornaron en anhelos, en búsquedas de tesoros imaginarios. Y ahora, que hablo con calma y fluidez, me pregunto: «¿en qué momento me quedé en silencio?». Sí, siempre hubo algo que escuchar mientras mis labios permanecían sellados, pero no hice esfuerzo alguno por sacar la cera de mis orejas, por quitar el tapón del fondo del cajón. Hoy he limpiado una parte de mí y mañana sacaré la basura de otro rincón; me abrazo con libertad y compresión y agradezco la paciencia que me tengo, que de no ser por ella no podría decir dónde me encuentro. Y, por el contrario, hoy sé que sigo aquí, limpiando la mesa de trabajo, limpiando las cartas que escribí un día con la cabeza envilecida y la mirada enturbiada.

Gracias por leer este apéndice. Si te ha gustado no olvides votar y comentar, por favor.